

FABIAN ESCALANTE

1963:

EL COMILOT

OBJETIVOS: JFK Y FIDEL

FABIAN
ESCALANTE
LA
GUERRA
SECRETA

1963:

EL COMLOT

LA GUERRA SECRETA

Este libro forma parte de una Serie que Ocean Press publica con el nombre de "La Guerra Secreta". La serie tiene todos los ingredientes de las más atractivas novelas de espionaje: intriga internacional, agentes secretos, contactos clandestinos, planes de atentados, equipos sofisticados, pero no se trata de ficción, se trata de las acciones por destruir a la Revolución cubana ejecutadas por la CIA, y el coraje, entrega total, inteligencia y "picardía" con la que los jóvenes oficiales cubanos descubrieron y desarticularon una y cada una de esas acciones y planes.

FABIÁN ESCALANTE FONT
ARTURO RODRÍGUEZ MENDOZA

Diseño de cubierta: ::maybe

Copyright © 2004 Fabián Escalante Font Copyright © 2004 Ocean Press

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN 978-1-920888-07-1

Library of Congress Control Number:

2004106391 Primera edición 2004

Esta edición 2005

Publicado por Ocean Press

Australia: Australia

EE.UU: Cuba:

GPO Box 3279, Melbourne, Victoria 3001,

Fax: (61-3) 9329 5040 Tel: (61-3) 9326

4280 E-mail: info@oceanbooks.com.au

PO Box 1186, Old Chelsea Stn., New York, NY 10113-1186, USA Calle 7, No.

33610, Tarará, La
Habana E-mail:
oceanhav@enet.cu

Distribuidores de Ocean Press

EE.UU y Canadá: **Consortium Book Sales and Distribution** Tel: 1-800-283-3572
www.cbsd.com

Gran Bretaña y Europa: **Pluto Books**

E-mail: pluto@plutobooks.com

Australia y Nueva Zelanda: **Palgrave Macmillan** E-mail: customer.service@macmillan.com.au

Cuba y América Latina: **Ocean Press**

E-mail: oceanhav@enet.cu

ÍNDICE

Presentación

PARTE PRIMERA: LA GUERRA CONTRA CUBA Antecedentes para un complot

Exiliados, mafiosos y espías

La Agencia Central de Inteligencia

El Exilio

La Guerra se desencadena

La doble vía

Las contradicciones entre el exilio y la administración AM/ LASH

¿Quién era Rolando Cubela Secades?

Un "simpatizante de Castro"

Los cómplices

El episodio de México

Oswald y los servicios secretos cubanos La inculpación

En busca de los asesinos

PARTE SEGUNDA: EL ASESINATO DE UN PRESIDENTE El asesino solitario

Una premonición histórica La

hipótesis

La historia de un provocador

Texas y Dallas

Nueva Orleans

Epílogo

ANEXO I

Jack Ruby: Sus viajes a Cuba en 1959

ANEXO II

Cronología sobre las principales actividades subversivas de los Estados Unidos contra Cuba en 1963

ANEXO III

Exiliados cubanos investigados en relación con el asesinato del Presidente John F. Kennedy

Notas Bibliografía consultada

PRESENTACIÓN

El 22 de noviembre de 1963, a los veintidós años de edad, me desempeñaba como jefe de una unidad de Contrainteligencia. El asesinato del presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, me impresionó profundamente, al igual que a todos mis compañeros, a pesar de ser uno de nuestros adversarios¹ más enconados.

Recuerdo ese día particularmente, pues sosteníamos una reunión de trabajo, en la que participaban varios de los oficiales de caso² de nuestra unidad. Analizábamos un operativo de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), denominado Centinelas de la Libertad, que mediante la utilización de un veterano político de la época prerrevolucionaria, Luis Conte Agüero, “La voz más alta de Oriente”, como le gustaba autodenominarse, por medio de una radioemisora radicada en la ciudad de Miami, lanzaba constantes diatribas anticubanas y mezcladas con éstas, consignas para una estructura contrarrevolucionaria, que había logrado reclutar en algunas regiones del país; un operativo de espionaje masivo que se fundamentaba en solicitar la cooperación a los radioyentes, quienes debían escribir a la dirección que Conte Agüero les proporcionaba. Los que caían en la trampa, eran procesados por los reclutadores de la CIA y al poco tiempo recibían una carta con un contenido intrascendente, generalmente amoroso, en la que en uno de sus párrafos indicaba que se planchara la misiva. Cuando el aspirante a “luchador anticomunista” lo efectuaba, aparecía un mensaje en escritura secreta que le informaba ser un nuevo colaborador de la CIA, y le proporcionaba instrucciones iniciales y un buzón seguro, en algún lugar de América.

Para nuestra unidad, 1963 resultó un año particularmente complejo. La desarticulación del “frente” Resistencia Cívica Anticomunista fue una de las primeras tareas que tuvi-

mos que enfrentar. Conectado con la Inteligencia Naval de la base naval norteamericana de Guantánamo, ese grupo se preparaba, en marzo de ese año, para desencadenar un plan terrorista en todo el país y asesinar al primer ministro cubano, comandante Fidel Castro.

Atentados terroristas, infiltraciones, exfiltraciones, alijos de armas enterrados en las costas y muchas actividades más fueron neutralizadas por aquel grupo bisoño de oficiales³ que componían la Sección Q, a la cual pertenecíamos, responsabilizados con el enfrentamiento a las organizaciones contrarrevolucionarias y los agentes de la CIA que con su acción dentro de éstas, pretendían desestabilizar y sembrar el terror en el país.

Probablemente quien oyó la noticia del asesinato fue "Alfredo",⁴ joven y talentoso compañero. A pesar de sus pocos años, tenía fama de ser un investigador ingenioso y persistente. También se encontraba "Eddy",⁵ siempre con un chiste en los labios, el más joven del grupo, y "Elías",⁶ el santiaguero, quien, según todos, "cantaba" cada vez que hablaba; compañeros excelentes, a los cuales aún hoy me une una amistad estrecha.

Seguramente "Alfredo" lo escuchó en la radio de nuestra secretaria, "Beba", quien tenía la cualidad de escribir a maquina y estar al tanto de todo, incluidas las noticias.

Hicimos silencio al conocer el crimen. No pude evitar que la reunión se disolviera y nos enfrascáramos en todo tipo de conjeturas. Después, al día siguiente, Fidel, hizo una comparecencia televisiva en la cual analizó pormenorizadamente el tema y concluimos que lo sucedido, era un "pase de cuenta" entre ellos mismos.

No fue hasta años más tarde y en esos mismos locales, cuando por primera vez nos pasó por la mente el involucramiento de los exiliados cubanos en el magnicidio de Dallas.

En 1965, investigábamos, con el mismo equipo operativo, las evidencias conocidas sobre el involucramiento de

Rolando Cubela Secades,⁷ en un complot dirigido por la CIA para asesinar a Fidel Castro y llevar a cabo un golpe interno contrarrevolucionario. Una de las informaciones a la que habíamos tenido acceso estaba relacionada con una reunión efectuada a finales de 1964, en Madrid, España, entre Cubela y el agente de la CIA, Manuel Artime Buesa, en la que se acordó el asesinato del dirigente cubano, para facilitar una mini-invasión por los comandos de Artime, que tenían sus bases en campamentos centroamericanos y que, según el proyecto, posibilitara la ocupación de una "cabeza de playa" en territorio nacional, pretexto para solicitar la intervención de la Organización de Estados Americanos (OEA) y los Estados Unidos.

La fuente, cercana a Artime agregaba que éste había comentado, después de concluir aquel encuentro, que un año antes, en 1963, el mismo complot había fracasado por las indecisiones de los políticos de Washington y del entonces jefe de la Sección Cubana en la CIA, Desmond Fitzgerald. Puntualizaba el informante que el plan referido incluía los mismos componentes que el que se encontraba en curso y que por causas por él desconocidas, en aquel momento, se había paralizado.

En los primeros días de febrero de 1966, el agente⁸ infiltrado en los grupos de misiones especiales de la CIA radicados en Miami y hombre de la confianza de Artime, aprovechando un ataque terrorista contra instalaciones costeras cercanas a la ciudad de Sagua la Grande, antigua provincia de Las Villas, se lanzó al agua desde la embarcación que tripulaba, para ganar la costa y aportar nuevos elementos relacionados con ese complot. Nuevamente, se confirmaron los planes conocidos, la complicidad Cubela-Artime y el mes de marzo de 1966 como la fecha señalada para su ejecución, por lo cual la Jefatura de la Seguridad del Estado cubana decidió "operar" el caso y detener a todos los conspiradores.

Sin embargo, aquellos elementos referidos al operativo de 1963, cuando se planificó en dos tiempos el asesinato de Fidel Castro y la invasión a Cuba, lamentablemente no pudieron ser aclarados. Los propios complotados poco sabían de esto y sólo habían sido instrumentos del proyecto, según los elementos de que disponíamos.

No fue hasta la publicación, en 1975, del informe de la Comisión Church,⁹ que investigó los planes de la CIA para asesinar a dirigentes políticos extranjeros, particularmente a Fidel Castro, que comenzamos a sospechar que el complot AM/LASH, podía estar relacionado con el magnicidio de Dallas y en ese sentido era probable la participación del denominado "mecanismo cubanoamericano de la CIA y la Mafia".

Más tarde, en 1978, como resultado de la visita a Cuba de varios miembros del Comité Selecto de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, que investigaba los asesinatos de Kennedy y Martin Luther King, nos correspondió estudiar los archivos de contrarrevolucionarios, terroristas y emigrados que se solicitaba. Para esa época, finales de los años setentas, era jefe del Departamento de Seguridad del Estado y participé en la supervisión de la encuesta, realizada a petición del referido Comité.

Recuerdo nítidamente la entrevista que Fidel les concedió y que fue decisiva para que aquel grupo de trabajo comprendiera la posición cubana y las mentiras y calumnias elaboradas para involucrar a nuestro gobierno en un crimen tan deleznable .

Años más tarde, en 1993, liberado de las responsabilidades que por más de treinta años ocupé dentro de los Servicios de seguridad y el Ministerio del Interior (MININT), propuse a esta última institución, y así se aprobó, la creación de un Centro de Estudios sobre la Seguridad, con la pretensión de preservar una historia que formaba parte de las luchas del pueblo cubano en la defensa de su Revolución y al mismo tiempo, utilizar aquella información en el

combate político-ideológico contra las nuevas campañas y estrategias norteamericanas.

Esta labor me permitió regresar con una óptica diferente a las luchas pasadas e insertarme nuevamente en la investigación de los hechos que en aquel año convulso condujeron al magnicidio de Dallas. Conjuntamente con mi veterano compañero de armas, el coronel (r) Arturo Rodríguez Mendoza, estudiamos todos los materiales y las publicaciones disponibles, consultamos con antiguos agentes y operativos e investigamos toda la documentación accesible. Fue un trabajo arduo, que me proporcionó la satisfacción de contar con un compañero con el cual estuve vinculado por más de veinte años y quien, aunque ya no está entre nosotros, me brindó la suerte de compartir numerosos combates, emociones y, por qué no, aventuras.

Juntos participamos en dos seminarios sobre el tema, uno organizado por la periodista brasilera Claudia Furiati, en Rio de Janeiro, y otro en Nassau, Islas Bahamas, auspiciado por varias organizaciones no gubernamentales norteamericanas entre éstas el Archivo Nacional de Seguridad. En ambos defendí los puntos de vista que expongo en el presente libro.

Hoy, cuarenta años después, vuelvo a retomar el análisis de entonces y a releer antiguos apuntes y notas. No puedo evitar que la emoción me embargue al mirar al pasado. Muchos de nuestros compañeros, agentes y oficiales cayeron luchando en rincones insospechados; sin embargo, el combate prosigue. Ejemplo de esto lo constituyen Gerardo, Antonio, Fernando, René y Ramón, quienes en las cárceles del Imperio continúan la lucha contra el terrorismo de Estado, al cual nuestra nación ha estado sometida por más de cuatro décadas. Sirva este relato de homenaje a estos héroes de la Patria, que en condiciones difíciles combaten al Imperio y nos brindan uno de los ejemplos mas formidables conocidos, de patriotismo, lealtad y honorabilidad.

Además de las actividades subversivas y terroristas emprendidas por los Estados Unidos en aquel año, abordamos también el complot para asesinar a Kennedy. No es un empeño nuevo, como ya expliqué. Me percaté de que en la información conocida hoy subsisten las omisiones y lagunas de antes. Lo esencial sigue oculto, lamentablemente. No es entonces mi pretensión revelar los rincones oscuros del complot, a los cuales nunca tuvimos acceso, sino narrar los elementos conocidos, los análisis realizados, con la intención de aproximarnos un poco más al nudo de la conspiración y brindar elementos que quizás otros, con más posibilidades, puedan utilizar para orientarse en ese laberinto que a propósito han creado los asesinos, enquistados en la propia administración norteamericana.

Téngase presente también que las fuentes de información de que hoy dispongo las constituyen esencialmente los recuerdos de lo que en algún momento leí o escuché, en tanto que, retirado de mis funciones anteriores, no tengo acceso a documentación alguna y, por tanto, los criterios que expreso son de mi absoluta responsabilidad.

El Autor

PARTE PRIMERA

LA GUERRA CONTRA CUBA ANTECEDENTES PARA UN COM- PLOT

El diferendo entre Cuba y los Estados Unidos tiene sus raíces históricas y su origen en las inveteradas pretensiones norteamericanas por apoderarse de la Isla durante más de dos siglos. El triunfo revolucionario del primero de enero de 1959 fue, sin dudas, un reto al sistema hegemónico norteamericano en el continente, en tanto liberó al país del sistema neocolonial a que lo tenía sometido su poderoso vecino del Norte.

Desde los primeros momentos, los Estados Unidos miraron con suspicacia e incertidumbre al nuevo régimen cubano. Un estimado de la CIA, de 13 de enero de ese año, señalaba:

Castro ha contactado con grupos de vanguardia comunistas durante sus días universitarios y han existido informes continuos de posible filiación comunista de parte de algunos de los máximos dirigentes. Sin embargo, no existe en la actualidad una seguridad de que Castro sea comunista (...)

Castro parece ser un nacionalista y algo socialista y aunque también ha criticado y alegado el apoyo de Estados Unidos a Batista, no se puede decir que personalmente es hostil a Estados Unidos (...)

Mucho más explícito al describir las relaciones entre ambos países durante aquel período fue Roy Rubottom, asistente del subsecretario de Estado para Asuntos Hemisféricos, cuando tiempo después expresó:

(...) el período de enero a marzo (1959) puede ser caracterizado como la luna de miel con el gobierno de Castro. En abril se hizo evidente un giro descendente en las relaciones... En junio habíamos tomado la decisión de que no era posible alcanzar nuestros objetivos con Castro en el poder y acordamos acometer el programa referido por Mr. Marchant. En julio y agosto habíamos estado delineando un programa para reemplazar a Castro. No obstante, algunas compañías en Estados Unidos nos informaron durante ese tiempo que estaban al-

canzando algunos progresos en las negociaciones, un factor que nos causó atraso en la implementación de nuestro programa. Las esperanzas expresadas por estas compañías no se materializaron. Octubre fue un período de clarificación. El 31 de octubre, de acuerdo con la CIA, el Departamento sugirió al Presidente la aprobación de un programa en correspondencia con lo referido por Mr. Marchant. El programa aprobado nos autorizó a apoyar a los elementos que en Cuba se oponían al gobierno de Castro, mientras se hacía que la caída de Castro fuera vista como resultado de sus propios errores...

Y como para que desapareciera cualquier duda, el ex-presidente Dwight Eisenhower en sus memorias, al referirse a esa etapa, la describió de la manera siguiente: "En cuestión de semanas después que Castro entró en La Habana, nosotros, en el gobierno, comenzamos a examinar las medidas que podrían ser efectivas para reprimir a Castro".

Las suspicacias e indecisiones de Washington se fueron aclarando durante ese período. Dos tendencias acerca del desarrollo de los acontecimientos en Cuba coexistían dentro del Departamento de Estado y la propia CIA. Por un lado, los que sospechaban de las tendencias izquierdistas de los revolucionarios que se planteaban el derrocamiento inmediato de la Revolución, y por otro, quienes confiaban en que los amigos de los Estados Unidos dentro del primer gabinete presidido por Manuel Urrutia,¹⁰ impusieran la línea política más conservadora. El triunfo de la tendencia revolucionaria, expresada en las medidas económicas, políticas y sociales que implantó la Revolución desde los primeros momentos, frustró los intentos reformistas.

Las empresas eléctrica y telefónica fueron intervenidas y rebajadas las tarifas de esos servicios; los alquileres de las viviendas bajaron en un cincuenta por ciento. Se creó el Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda, mediante el cual comenzó un vasto programa de construcción de viviendas en todo el país. El presupuesto para la atención del Palacio Presidencial, que hasta entonces era casi de cinco millones de pesos, se redujo a un millón doscientos mil pesos anuales. El Consejo de Ministros aprobó créditos para la construcción inmediata de cinco mil aulas y doscientas escuelas; el precio de los libros de texto para la enseñanza en gene-

ral fue rebajado entre un veinticinco y un treinta por ciento, y se fundó la Ciudad Universitaria en la antigua provincia de Oriente. Los precios de las medicinas fueron reducidos entre un quince y un veinte por ciento. Se creó el Departamento de Repoblación Forestal con "la finalidad de conservar, proteger y fomentar la riqueza forestal de la nación"; fue organizado el plan de rehabilitación de menores y se lanzó varias campañas contra el vicio y la corrupción. Finalmente, se dictó la Ley de Reforma Agraria. Más de cien mil títulos de propiedad de la tierra fueron entregados a los campesinos, mientras que el gobierno se comprometía a indemnizar con bonos a sus antiguos propietarios en un plazo de veinte años, con un interés del 4,5 por ciento. La mendicidad, la prostitución, el juego y la droga detuvieron bruscamente su espiral ascendente y comenzaron a decrecer. Aun para los observadores más superficiales se hizo evidente que en poco tiempo serían erradicados.

A finales de 1959, la revista *Bohemia*, la de mayor circulación en el país, informó que la popularidad de Fidel Castro abarcaba al 90,2 por ciento de la población cubana. El prestigio y la autoridad de la Revolución eran tales, que el pueblo se agrupó en torno a ésta y desarrolló una capacidad de resistencia que ha caracterizado desde entonces al fenómeno político cubano.

En diciembre de 1959, el coronel J. C. King, jefe de la División del Hemisferio Occidental de la CIA, recomendó el asesinato de Fidel Castro como el medio más expedito para derrocar el gobierno cubano. Meses más tarde, en marzo de 1960, el presidente Eisenhower daba su conformidad a un proyecto que con el criptónimo de "Pluto", ponía en marcha un vasto operativo encubierto que se propuso derrocar al gobierno cubano. Cuatro eran sus objetivos principales: organizar una oposición política "responsable" desde el exterior, que uniera a la emigración y fuera formalmente la que dirigiera la agresión planeada; desencadenar una campaña de guerra psicológica con una poderosa esta-

ción de radio a la cabeza, con el objetivo de desestabilizar al pueblo cubano para estimular el proyecto subversivo; formar cuadros paramilitares en bases extranjeras, que fueran los responsables de organizar la resistencia interna, y, estructurar dentro del país una poderosa organización clandestina encargada de derrocar al régimen.

Sin embargo, pocos meses después, el proyecto comenzó a fracasar. Tenía un defecto esencial que consistía en no contar con bases internas para su puesta en marcha, de ahí que en noviembre de 1960 se cambiara los planes y se decidiera crear una brigada de desembarco y asalto con el fin de utilizarla como vanguardia en una invasión a Cuba, en tanto era evidente para la CIA la necesidad del uso de las Fuerzas Armadas norteamericanas para lograr los objetivos propuestos.

Mientras tanto, a finales de 1960, John F. Kennedy triunfó en unas reñidas elecciones frente a su oponente, el candidato republicano Richard M. Nixon. El tema de Cuba no estuvo ajeno en los debates de las campañas electorales. Kennedy, conocedor de los planes agresivos aprobados por la administración Eisenhower, atacó públicamente a su adversario y alegó una supuesta inercia contra el régimen "comunista" de La Habana, a sabiendas de que Nixon nada podía decir sin revelar el secreto de la invasión que los Estados Unidos preparaban.

Varios días después de su elección, el 18 de noviembre, Kennedy fue informado oficialmente por los jefes de la CIA, Allen Dulles y Richard Bissell, de los planes en curso. En enero de 1961, asumió la presidencia de los Estados Unidos, se hizo cargo del operativo contra Cuba y, aprobó el desembarco de la brigada de exiliados cubanos. La invasión se inició el 17 de abril de ese año y fue derrotada en menos de setenta y dos horas.

El fracaso dividió las opiniones y provocó un cisma entre la nueva administración e importantes círculos de poder. Por una parte, Kennedy se responsabilizó con la derrota y

por otra, culpó a la CIA por haberlo embarcado en una aventura sin éxito. Nombró una comisión investigadora, presidida por el general Maxwell Taylor, con el fin de esclarecer y determinar las causas y los responsables de la debacle. Mientras, por su parte, la CIA y sus aliados, la Mafia y la emigración contrarrevolucionaria, tenían la convicción de que el presidente era el principal responsable. Se argumentó entonces que éste no había brindado el apoyo aéreo y militar necesario a la brigada de exiliados, cuando éstos eran derrotados por las Fuerzas Armadas cubanas.

En realidad, ambas partes intentaban escamotear la verdad. La Brigada de Asalto 2506 no fue derrotada porque el plan de la CIA era malo o porque no hubo apoyo aéreo, al contrario. El error fue desde el principio, cuando los gobernantes norteamericanos no supieron comprender el proceso de transformaciones profundas que la Revolución había desencadenado, que galvanizó a las amplias masas populares en su entorno. Ésa fue, y no otra, la causa de la victoria cubana.

La derrota hizo que un sentimiento de decepción y amargura se extendiera entre los complotados. Años más tarde, David Atlee Phillips, uno de los operativos de la CIA en aquella aventura, relató en sus memorias cuál fue la conmoción experimentada cuando conoció, por medio de la radio, que las tropas cubanas capturaban los últimos bastiones contrarrevolucionarios:

(...) Helen trató de prepararme algo para comer, pero no pude. Tomé un radio portátil y me fui para el patio de la casa donde escuché noticias pesimistas acerca de Cuba (...) Helen trajo un martini grande. Estaba medio borracho cuando terminé. Repentinamente mi estómago se revolvió. Tenía náuseas. Mi cuerpo pesaba. Entonces comencé a llorar (...) Lloré durante dos horas, tenía náuseas de nuevo, estaba borracho (...)

Kennedy reaccionó con vigor y colocó a su hermano, Robert, al frente de un grupo especial en el seno del Consejo Nacional de Seguridad, que en lo adelante dirigiría la guerra contra Cuba. Designó al general Edward Lansdale, un especialista en contrainsurgencia, como jefe del Estado